Los primeros contactos entre el Japón y los españoles: 1543-1612*

DOI: 10.32870/mycp.v11i31.299

*Héctor Palacios***

Resumen

En la segunda mitad del siglo XVI, Japón se convirtió en una escala importante para los navíos que desde Filipinas realizaban viajes transpacíficos hacia y desde la Nueva España propiciando el comercio de mercancías y la movilización de personas. La evangelización de los japoneses fue tarea primordial de jesuitas, franciscanos y dominicos; para el Shogunato japonés el interés era comercial y de adquisición de nuevas tecnologías navieras. Este artículo trata sobre esos primeros contactos hasta que fueron interrumpidos por el edicto de expulsión de misioneros promulgado por Ieyasu Tokugawa en 1612.

Palabras clave: evangelización, comercio, españoles, japoneses.

Abstract

During the second half of the XVI Century, Japan became an important stop for ships that from Philippines realized transpacific journeys towards and from the New Spain fostering trade of merchandise and mobilizing persons. On the one hand, evangelization of Japanese became a priority to Jesuits, Franciscans and Dominicans; for the Japanese Shogunate the interest was commercial and the acquisition of new shipbuilding technologies. This article is about those first contacts between Spaniels and Japanese until they were abruptly interrupted by the edict of expulsion of missioners promulgated by Ieyasu Tokugawa in 1612.

Key words: *Evangelization, commerce, Spaniards, Japanese.*

---

* El presente artículo es un avance del proyecto de titulación de Héctor Palacios para obtener el grado de licenciado en Historia por la Universidad de Guadalajara. A su vez, es parte de la investigación "Inmigración japonesa en Guadalajara", encabezada por la Dra. Melba Falck, profesora investigadora del Departamento de Estudios del Pacífico de la UdeG e investigadora del SNI.

** Egresado de la Licenciatura en Historia de la Universidad de Guadalajara.

El presente artículo trata sobre la primera etapa de las relaciones hispano-japonesas. La delimitación temporal va de 1543, con la llegada a Japón de los primeros ibéricos —en este caso los portugueses— y abarca hasta 1612, año en que Tokugawa Ieyasu, soberano japonés, comenzó una feroz persecución en contra de los misioneros europeos.

Fue dentro de este lapso que ocurrieron los primeros contactos entre españoles y japoneses, se dio la primera persecución anticristiana en tierras niponas, la cual culminaría con la ejecución de Nagasaki; pero sobre todo, acontecieron los primeros "ir y venir" de las embajadas oficiales que navegaban de Japón a Filipinas y viceversa, las cuales trataban de acordar asuntos de tipo comercial, político y religioso. Hablamos, en sí, de constantes "estira y afloja" que antecedieron a un total enfriamiento entre ambas partes.

Llegada de los portugueses

En el año de 1543 arribaron los primeros ibéricos a Japón, específicamente los portugueses. En consecuencia, en ese mismo año se inició la actividad comercial entre las islas niponas y los establecimientos lusitanos en el Asia continental —los portugueses se habían establecido en Goa, India, desde 1515 (Valdés, 1990: 96); de igual forma, al llegar a Japón ya comerciaban en costas chinas—. Seis años después de este primer arribo, llegó el primer monje cristiano a Japón: uno de los fundadores de la orden jesuita, Francisco Xavier: desembarcó en Kagoshima (en la isla de Kyushu) y de inmediato comenzó con su tarea evangelizadora. Desde luego, seguirían llegando más jesuitas, quienes eran respaldados principalmente por la Corona portuguesa.

Para 1557, los lusitanos obtuvieron de las autoridades japonesas una importante concesión para comerciar desde el puerto de Macao, en China; fue así como se estableció la ruta del Galeón de Macao, el cual llevaba mercancías preciadas por los japoneses, tales como la seda china. Éstas eran desembarcadas y comerciadas en el puerto de Nagasaki, donde a su vez, se cargaba el galeón con gran cantidad de plata para su regreso a Macao. Muchos *daimyó* (señor feudal) al ver la rentabilidad que iba significando el intercambio comercial con los europeos, permitían a los evangelizadores jesuitas establecerse en sus territorios creyendo que servirían como gestores para dicho fin, por otra parte, los jesuitas precisamente enfocaban sus esfuerzos conversores hacia las élites feudales de Japón.

Por esos mismos años, Oda Nobunaga, *daimyó* de Owari, logró consolidar su poder dentro de su propio feudo, dándose después a la tarea de hacer lo mismo más allá de sus propias fronteras. Tras la conquista de varios estados, logró tomar la ciudad de Kioto en 1568, obteniendo también el control de varias ciudades portuarias cuya ubicación le dio un enorme poder estratégico.

Cuando Oda Nobunaga comenzó a fincar ese nuevo poder central japonés afianzado en Kioto, los portugueses no vieron obstaculizadas sus actividades mercantiles y religiosas, por el contrario, Nobunaga veía con buenos ojos el avance de los jesuitas, pero no tanto porque le convenciera el culto cristiano, sino porque contrarrestaba al poder del clero budista (Barrón, 1990: 147). En cuanto a los comerciantes, desde luego que Oda Nobunaga entendía los beneficios que significaba su actividad, no importando que el precio a pagar fuera el dar paso libre a la religión extranjera, condicionante que siempre defendieron portugueses y españoles en Japón.

Los españoles en el océano Pacífico

España "entra en acción" en lo que hoy se conoce como la Cuenca del Pacífico, con la expedición encabezada por los portugueses Fernando de Magallanes y Ruy de Baleiro, y patrocinada por Carlos I de España. Salieron de Sevilla en septiembre de 1519, después de trece meses entrarían al océano Pacífico por el extremo sur de América, al cruzar el estrecho que hoy lleva el nombre del navegante Magallanes. En marzo de 1521 llegaron al archipiélago que hoy se conoce como Filipinas. Ahí, en enfrentamiento bélico contra naturales de una de las islas, Magallanes perdió la vida (Foronda y Bascara, 1992: 57-64).

En 1525, Carlos I envió una nueva expedición encabezada por Juan García Cofre de Loaisa, quien siguió la ruta magallánica, llegando hasta las mismas islas y encontrando también la muerte, pero en este caso por intoxicación con alimentos. En 1526, el rey de España emitió una Real Cédula que ordenaba a Hernán Cortés enviar, desde las tierras recién conquistadas, una misión marítima con rumbo al Oeste. Cortés asignó para llevar a cabo esta expedición a su primo Álvaro de Saavedra Cerón, quien salió desde el puerto de Zihuatanejo (ubicado en el actual estado de Guerrero) en noviembre de 1527, llegando tres meses después al archipiélago ya mencionado (Pizano, 1985: 49; Foronda y Bascara, 1992: 66-68), encontrándose incluso con varios de los que viajaron con Loaisa.

En noviembre de 1542, partió del puerto de Navidad (ubicado al sur del actual estado de Jalisco, en los límites con Colima) una nueva expedición que lanzaba a cientos de súbditos de la Corona española al océano Pacífico; iba encabezada por Ruy López de Villalobos. Originalmente la encabezaría el conquistador Pedro de Alvarado por concesión directa del rey, pero Alvarado murió un año antes de que zarparan los barcos del puerto de Navidad; entonces el virrey de la Nueva España se encargó de dicho proyecto y asignó a López de Villalobos como cabeza de la expedición.

En febrero de 1543 avistaron el archipiélago, durante tres meses pasaron algunas penurias al tratar de contactar con los habitantes de aquellas islas con el fin de conseguir alimentos. En mayo de ese año obtuvieron la ayuda del gobernante de la isla de Samar; Villalobos decidió bautizar a dicha isla con el nombre de Filipina en honor al príncipe Felipe de Asturias, futuro rey Felipe II (Molina, 1992: 23-25; Foronda y Bascara, 1992: 68-69; Pizano, 1985: 51). Con el tiempo, este nombre se generalizó para nombrar a todo el conjunto de islas.

Pasaron más de veinte años para que se diera una nueva expedición rumbo a las Filipinas. Por gestión de Luis de Velasco, virrey de la Nueva España, Felipe II ordenó en septiembre de 1559 planificar una nueva misión que navegara el Pacífico. Velasco así procedió junto con fray Andrés de Urdaneta, quien cuarenta años atrás fuera tripulante de la expedición de Loaisa y, por tanto, tenía amplia experiencia sobre esta travesía.

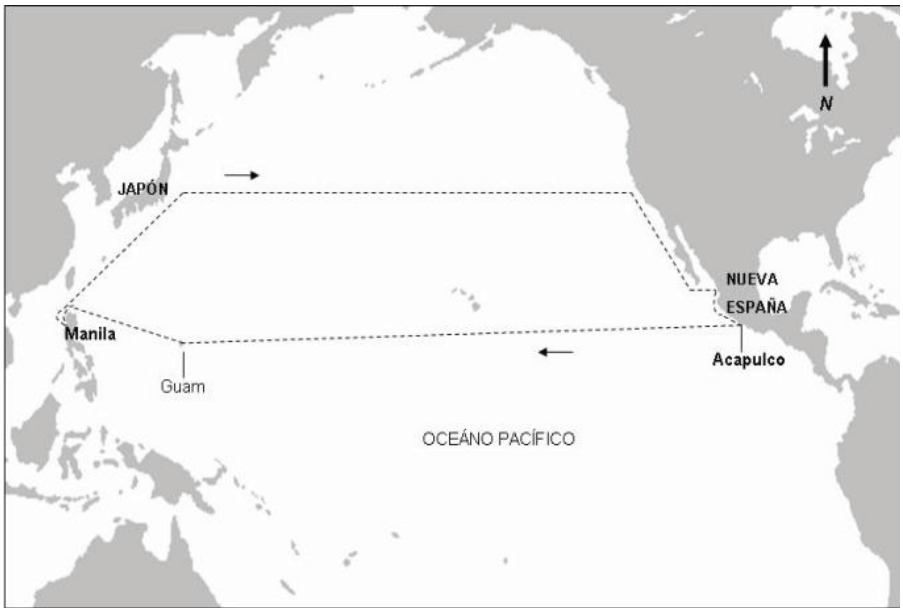
La preparación de dicho viaje duró cinco años, incluso el virrey murió meses antes del embarque, siendo la Real Audiencia de México la que se encargaría de los últimos detalles (Molina, 1992: 27). La cabeza militar de la expedición sería Miguel López de Legazpi, quien comandaría junto con Urdaneta. Éste último, aún el día en que zarparon, alegaba que no se debía ir a las Filipinas sino a lo que hoy se conoce como Nueva Guinea, esto debido a que estaba convencido que aquéllas, de acuerdo a los tratados emanados de las bulas alejandrinas, pertenecían a Portugal. No obstante, antes de partir, Urdaneta recibió un sobre sellado con la instrucción de no abrirlo hasta estar en alta mar. Cuando lo abrió, leyó la instrucción del rey de España de ir directamente a las Filipinas (Foronda y Bascara, 1992: 70-71).

El 21 de noviembre de 1564 salieron del puerto de Navidad (Calderón, 1995: 564; Molina, 1992: 27-28; Pizano, 1985: 19), navegando en línea recta con rumbo al Oeste para llegar tres meses más tarde a la isla de Samar, ya bautizada anteriormente como Filipina. A mediados de 1565, Andrés de

Urdaneta emprendió la misión, hasta entonces no lograda, de encontrar el camino de regreso a la Nueva España, lo cual consiguió subiendo a la altura de las aguas japonesas, tomó una corriente marina que llega hasta las costas de California, y de ahí se condujo costeando hacia el Sur hasta arribar a Acapulco cuatro meses después.

Miguel López de Legazpi permanecería en el archipiélago con el objetivo de convertir aquellas tierras en colonia de la Corona española, así como facilitar su cristianización. Uno de los resultados de esta expedición fue que el 24 de junio de 1571, López de Legazpi fundó la ciudad de Manila (Valdés, 1990: 84; Molina, 1992: 32-33; Foronda y Bascara, 1992: 75-83), estableciendo ahí la capital del gobierno de Filipinas, siendo el mismo López de Legazpi el primer gobernador hispano de las Filipinas.

Mapa 1
Ruta Acapulco-Manila, Manila-Acapulco



Después de lo anterior, comenzaron a arribar embarcaciones mercantes procedentes de China, interesadas en establecer relaciones comerciales con los españoles. Fue así que en el año de 1573 llegaría formalmente la primera remesa de artículos chinos al puerto de Acapulco, vía Manila (Calderón, 1995:

565; Molina, 1992: 102-103). A partir de entonces, cada año fueron y vinieron las embarcaciones conocidas como el Galeón de Manila o Nao de China (actividad que vio su fin con la guerra de independencia de México).

Es importante apuntar que el viaje de Manila a Acapulco resultaba extenuante (Lorente, 1973: 105); y principalmente era peligroso el trayecto de Manila hacia el Norte (recordemos que era hasta la altura de Japón que se viraba hacia el Este para ir rumbo a América). Es por lo anterior que se comenzó a plantear la necesidad de instaurar una escala intermedia en costas japonesas.

Los primeros contactos españoles con el Japón

Según el autor Takahiro Nakamae, los primeros españoles en pisar tierras niponas fueron aquellos tripulantes de naves que en su camino a la Nueva España naufragaron y fueron a dar a las costas de Japón. A pesar de que, por esa misma razón, a los españoles les urgía contar con ese puerto intermedio en aquel país, el primero en hacer contacto diplomático fue Hashiba Hideyoshi, quien tras la muerte de Nobunaga ejerció el nuevo poder centralizado en Japón.

En marzo de 1592, Hideyoshi envió a Harada Magoshichiro a Manila con la tarea de entregar una espada como obsequio al gobernador Gómez Pérez Dasmariñas, y lo más importante, hablar con éste sobre las posibilidades de comerciar entre Filipinas y Japón (Mathes, 2006: 2). Hasta aquí, pudiéramos visualizar a un Hideyoshi que busca la prudente diversificación de los intercambios comerciales sostenidos con los europeos, que hasta entonces estaban monopolizados por los portugueses. Pero no podemos dejar a un lado la interpretación que hace Lothar Knauth de esta misma embajada, donde afirma que Hideyoshi tenía como objetivo someter a las Filipinas por el medio diplomático utilizando un tono amenazante, ya que Magoshichiro, su embajador, además de llevar la espada como obsequio para el gobernador, portaba también una carta (que se conserva en el Archivo General de Simancas), cuyo contenido describe Knauth de la siguiente manera:

> La carta de Jideyoshi [sic] comenzaba [...] con la declaración de la unificación del Japón, del establecimiento de relaciones tributarias con Corea, las islas Ryukyu y otras regiones distantes y de su resolución de conquistar a la China de Ming. Mencionaba que primero había pensado en preparar ejércitos y enviarlos a las

> Filipinas, pero que había decidido que era mejor enviar a alguien como Jarada [sic], para que pudiera explicar el tributo, que debía enviarse [...] Por ahora, él no había dado todavía a sus oficiales órdenes de comenzar la conquista, pero sugería que vinieran pronto con "sus banderas abatidas" [...] La carta terminaba diciendo: "ojala [sic] que su pesar no llegue muy tarde" (Knauth, 1972: 129-130).

El gobernador hispano contestó a la carta con toda diplomacia y sin caer en tonos de sumisión, y rápido mandó una embajada a Japón en junio de ese mismo año, enviando al padre dominico Juan Cobos y al capitán Lope de Llanos, quienes llevaron consigo doce espadas españolas para obsequiarlas a Hideyoshi, y la encomienda de hablar con éste sobre posibles intercambios comerciales, aunque el tema que más interesaba a los españoles era el de la evangelización, punto álgido durante el gobierno de Hideyoshi, y que, desde luego le fue planteado.

Por desgracia para Pérez Dasmariñas, no le fue posible conocer de manera directa los resultados de la embajada de Juan Cobos, ya que éste a su regreso a las Filipinas naufragó y fue a dar a costas de Taiwán, lugar donde murió a manos de los naturales de dicha isla (Knauth, 1972: 133; Mathes, 2006: 2). En abril de 1593 nuevamente Harada pisaba suelo filipino y entregaba una nueva carta de Hideyoshi, en la que se reafirmaba la exigencia de que se convirtieran en sus tributarios, aunque en un tono menos desafiante.

La primera embajada japonesa en Europa

En 1573, el napolitano Alexander Valignano fue nombrado visitador de los jesuitas en la India y en Lejano Oriente. Fue en 1579 que llegó a Japón. Viendo ahí los progresos y a la vez las necesidades de la misión jesuita, ideó enviar a Europa a un grupo de emisarios japoneses conversos, con dos objetivos principales: uno era atraer la atención de los europeos sobre los avances de la misión jesuita, con el fin de obtener apoyos económicos hacia ésta; y el segundo consistía en mostrar a los japoneses, a través de la embajada enviada, "el poder y la riqueza" de la Europa católica (Brown, 1994: 873-874).

Así se conformó el grupo que viajaría a aquel continente, compuesto por cuatro jóvenes japoneses, todos ellos miembros de la nobleza feudal de la isla de Kyushu, sus nombres eran: Ito Mancio, Chijiwa Miguel, Nakaura Juliano y Hara Martino (los dos últimos iban como acompañantes de los dos primeros; sin embargo, en Europa los cuatro fueron tratados por igual). Al salir de

Japón, tres de ellos contaban con sólo trece años de edad, y el otro (Nakaura Juliano) tenía quince años de edad. El perfil de la edad tiene que ver con que Valignano consideraba que siendo tan jóvenes podían ser más impresionables (Brown, 1994: 875).

Salieron del puerto de Nagasaki el 20 de febrero de 1582, haciendo una primera parada en Macao, lugar donde Valignano se enteró de que la Corona portuguesa pasó a manos de Felipe II, rey de España; esta información le serviría sin duda al jesuita para remarcar con doble importancia la visita de los jóvenes a la corte española. Después de haber dejado el puerto chino, llegaron a Goa, India, lugar donde Valignano se quedó, dejando la embajada al cuidado de otros padres jesuitas a quienes les dio por escrito detalladas instrucciones de cómo debían manejarla.

Fue en agosto de 1584 que llegaron a Lisboa, Portugal. Ese mismo año se encontraron con Felipe II, siendo ésta su segunda parada en importancia, sólo por debajo de la visita al recinto papal. Su paso por Europa más que nada se extendió en la península itálica, visitando las ciudades de Pisa, Florencia y Venecia, entre otras. En marzo de 1585 llegaron a Roma para ser recibidos por el Papa Gregorio XIII, quien murió al mes siguiente, lo cual significa que los jóvenes japoneses fueron testigos de la sucesión papal (Knauth, 1972: 111) y pudieron conocer también al Papa Sixto V, sucesor de Gregorio XIII.

En abril de 1586, zarparon de Lisboa para regresar a Japón. Es importante comentar que esta embajada creó un gran revuelo en Europa. Prueba documental de ello son las al menos setenta y ocho publicaciones impresas que tratan específicamente sobre esta visita, y que salieron a la luz entre 1585 y 1593; incluso, 49 de esas publicaciones se imprimieron en 1585, estando aún los jóvenes japoneses en Europa.[1]

Persecución de Hideyoshi contra el cristianismo

A pesar de que en un principio Hideyoshi no se opuso al avance de los misioneros católicos, diversos sucesos provocados por estos últimos —y mal vistos por el primero— lo impulsaron a promulgar en 1587 una ley que ponía a los evangelizadores fuera del orden, decretando su expulsión, a menos que qui-

1. Según Adriana Boscaro, de entre esas setenta y ocho publicaciones, la más destacada fue la escrita por Guido Gualtieri, impresa en Roma en 1586. Para conocer el listado completo de estas publicaciones véase: Boscaro (1973).

sieran sufrir pena de muerte. Kaibara Yukio rescata las principales razones por las que Hideyoshi promulgó esta ley:

> 1. Esa religión era demasiado excluyente y suscitó que los fieles destruyeran los templos tradicionales; 2. Los señores [feudales (*daimyó*)] ya bautizados regalaron a la Iglesia una parte de su territorio como ocurrió en Nagasaki, y renunciaron a su autoridad; 3. A veces, los creyentes se negaban a pagar los tributos, insistiendo en que éstos debían ofrecerse a Dios, es decir, a la Iglesia, y 4. Los curas católicos no impidieron el tráfico de esclavos (Kaibara, 2000: 154-155).

No obstante, el gobierno japonés toleró la práctica discreta de las labores de los misioneros, en su mayoría jesuitas. No fue sino hasta diez años después que se aplicaría por primera vez un castigo en acatamiento de dicha ley.

En mayo de 1593, el gobernador de Filipinas envió un nuevo embajador a Japón para reanudar las labores diplomáticas comenzadas por el fallecido Juan Cobos. El comisionado fue un franciscano llamado Pedro Bautista, quien además de tener que cumplir con el encargo oficial del gobernador, iba con la firme decisión de hacer misión evangelizadora, ello a pesar de las prohibiciones oficiales del gobierno central de Japón, y de las prohibiciones propias del Vaticano: en 1586, mediante un *Ex Pastoralis Officio*, el Papa Gregorio XIII concedía la exclusividad a los jesuitas para evangelizar en tierras niponas (Gutiérrez, 1992: 224).

Tres años más tarde, el galeón llamado *San Felipe* que iba rumbo a la Nueva España, tuvo que parar en la isla japonesa de Shikoku debido al mal tiempo que imperaba. Los samuráis del *daimyó* de aquel territorio tomaron el barco en nombre de Hideyoshi, con el fin de confiscar la carga. El capitán y dos franciscanos que viajaban en el galeón (entre ellos el célebre Felipe de Jesús), decidieron ir a Kioto a exigir la devolución del cargamento; en su camino se detuvieron en Osaka, lugar donde se encontraban otros franciscanos predicando sin autorización oficial, entre ellos Pedro Bautista.

Después siguieron rumbo a Kioto, pero al llegar a esa ciudad fueron apresados los franciscanos, a quienes se les sentenció a la pena de muerte. De ahí se les trasladó al puerto de Nagasaki, lugar donde el 5 de febrero de 1597 se les crucificó: en total fueron veintiséis católicos ejecutados, todos franciscanos, a excepción de tres japoneses que habían sido conversos por los jesuitas (Reiko, 1990: 164; Knauth, 1972: 134-138). Según una cita textual que hace Reiko Kawata del historiador Mariano Cuevas, el edicto japonés de la sentencia rezaba lo siguiente: "Por cuanto estos hombres vinieron de los

Buzones [Filipinas] con título de embajadores y se quedaron en Japón predicando su creencia cristiana sin permiso de las autoridades japonesas. Así, manda sean crucificados en Nagasaki" (Cuevas, 1922: 469, citado en Reiko, 1990: 164).

La información global de todos estos hechos indica que la carga del barco fue confiscada como medida preventiva ante un comentario que hizo el capitán del *San Felipe*, Francisco de Landa, a algún japonés. Al parecer el español dijo que la tarea de conversión de almas al cristianismo que llevaban a cabo los misioneros católicos ayudaría a facilitar una posterior conquista militar a favor del rey de España. Por su parte, los jesuitas y comerciantes portugueses, sabiendo o no lo dicho por Landa, se encargaron de difundir eso mismo entre la élite japonesa, llegando a oídos, por supuesto, de Hideyoshi. Súmese a lo anterior el proceder imprudente de los franciscanos recién llegados; sin duda, el soberano tenía que demostrar que no permitiría ningún rasguño desestabilizador de los extranjeros a su gobierno.

Mutua desconfianza

Apenas habían pasado cuatro años de intercambio diplomático entre Filipinas y Japón, y las cosas estaban mucho peor que cuando no se había establecido comunicación oficial alguna. Hideyoshi desconfiaba abiertamente de los españoles, por su oculta intención conquistadora; por su parte, los españoles residentes en Filipinas también desconfiaban —obviamente— del soberano japonés.

Por parte de los españoles, si bien no existía un plan oficial sobre la posible conquista de Japón, esta idea sí estaba alojada en la cabeza de varios hispanos. Por ejemplo, cabe remontarse a lo dicho por Francisco de Landa, el capitán del "San Felipe", sobre una eventual conquista facilitada por los avances misioneros. Otro ejemplo lo podemos encontrar en la propuesta enviada en 1576 por el gobernador de Filipinas, Francisco de Sande, al rey Felipe II, acerca de conquistar China (Valdés, 1990: 87; Arcos, 2002: 76); aunque este caso no se refiere explícitamente a Japón, sí refleja el espíritu expansionista que imperaba entre algunos españoles en el Lejano Oriente.

Existe otro ejemplo en la década de 1580 con Gaspar Coelho, viceprovincial de los jesuitas en Japón, quien sugería que por lo menos se estableciera un fuerte militar en Nagasaki para apoyar a la cristianización y que éste fuera asistido desde Filipinas (Álvarez, 1970, citado en Barrón, 1990: 142). Por

Hideyoshi desconfiaba abiertamente de los españoles, por su oculta intención conquistadora; por su parte, los españoles residentes en Filipinas también desconfiaban —obviamente— del soberano japonés

último, podemos ver en el caso de Rodrigo de Vivero y Velasco, cómo décadas después seguía vigente esta idea en la mente de algunos españoles: en una carta que escribió Vivero al rey de España en 1610, exponía la idea de la conquista de Japón a través de la labor de los misioneros.

La desconfianza de Hideyoshi frente los españoles no estaba injustificada. De hecho, esa desconfianza era mutua, ya que los ibéricos en Filipinas no descartaban un posible arribo de tropas japonesas, a pesar de que era de su conocimiento que Hideyoshi no tenía ningún plan militar en marcha para atacar Manila. Aunque, los eventuales ataques de piratas japoneses en costas filipinas alimentaban la tensión entre los residentes hispanos del puerto. Por otro lado, el temor de los españoles también se basaba en lo que sabían sobre la fuerza militar de Japón, suficiente para arrebatarles las Filipinas si los nipones se lo hubieran propuesto. Para rematar, viene el caso del *San Felipe* y los ejecutados de Nagasaki.

Desde Manila, preocupados por las ejecuciones, la confiscación de la millonaria carga del *San Felipe* y por la amenaza de invasión, enviaron a Japón (1597) una nueva embajada encabezada por Luis Navarrete Fajardo, quien hizo llegar al soberano japonés un buen racimo de regalos entre los que se incluían valiosos objetos de oro y plata, espadas, telas preciosas y, como gran atracción, un elefante que el gobernador de Filipinas había recibido de Camboya (Knauth, 1972: 138-139). Hideyoshi tomó tales presentes como el tributo que tanto exigía a los hispanos residentes de Filipinas, quienes pudieron tomar un respiro al enterarse al poco tiempo de la muerte éste.

Intercambio diplomático entre 1600 y 1609

En el mismo año que murió Hideyoshi (1598), Tokugawa Ieyasu (quien se impuso como el nuevo detentador del poder central, afianzándose casi de manera definitiva en 1600, al vencer en la crucial batalla de Sekigahara a los partidarios del heredero de Hideyoshi) mandó traer al franciscano Jerónimo

de Jesús, quien llegó a Japón en el *San Felipe* y había logrado escaparse de ser detenido como sus compañeros y, por ende, se salvó de morir en Nagasaki; estuvo entonces escondido hasta la muerte de Hideyoshi. Al llevarlo ante Ieyasu, él creyó que sería castigado de acuerdo a la ley de 1587, pero el interés del japonés era otro: le asignó la tarea de ir a Manila para reestablecer las negociaciones sobre el tema del comercio, a la vez solicitaba la asistencia de constructores españoles de barcos, ofreciendo por su cuenta la posibilidad de que los galeones de Manila pudieran parar en puertos japoneses.

A pesar de este nuevo acercamiento, la actitud del entonces gobernador de Filipinas, Francisco Tello, fue de desconfianza: aún estaba fresco en la memoria lo acontecido en Nagasaki; aunque según Takahiro Nakamae, la falta de decisión en este asunto por parte de Tello se debió a que no creía que fuera algo que le competiera resolver por sí mismo, sino a través de sus superiores (el virrey de la Nueva España y el rey de España).

Era el año de 1600 y Ieyasu aún no recibía respuesta, lo único que veía llegar desde Filipinas eran misioneros, lo cual le irritaba porque lo que quería ver llegar eran comerciantes; para empeorar tal disgusto, dichos misioneros traían consigo algunas mercancías para comerciar (Takahiro, 1990: 190), Ieyasu interpretaba eso como una actitud unilateral (que de hecho, lo era). Ese mismo año arribó a Japón en un naufragio una nave holandesa, ahí venía a bordo un inglés llamado William Adams; cuando Ieyasu supo que este europeo era un experto constructor de barcos, lo atrajo a su corte (no sin escuchar airadas protestas por parte de los misioneros ibéricos, ya que Adams aparte de ser inglés, era protestante). Este personaje rápido se hizo del favor del triunfador de Sekigahara, convirtiéndose incluso en su consejero.

Para Ieyasu seguía siendo importante entablar relaciones comerciales con Manila, y en 1601 envío a un nuevo embajador con una carta escrita con la asistencia de Adams, donde manifestaba que persistía el interés de comerciar. Esta vez el gobernador Tello respondió pronto, enviando a Jerónimo de Jesús junto con otros franciscanos a Japón con regalos para Ieyasu, y de paso portaban una licencia del papa Clemente VIII que permitía a los franciscanos y dominicos españoles establecer misiones en aquel país (Takahiro, 1990: 190), para pesar de los jesuitas. Tenemos entonces que el gobierno de Filipinas seguía enviando evangelizadores pero no barcos mercantes, que era lo que le interesaba a Ieyasu.

Tokugawa, sin quitar el dedo del renglón, en 1602 envió una armadura como regalo al nuevo gobernador Pedro de Acuña y la insistencia de querer

comerciar. Acuña respondió de inmediato con más regalos, pero también con más misioneros. Parece ser que para los españoles era más la necesidad de cristianizar que de conseguir un puerto intermedio en Japón para su ruta a Acapulco; y en cuanto al comercio, también parece ser que les bastaba el comercio establecido entre China y la Nueva España.

Por otra parte, las disputas que se estaban viviendo en Europa tenían también escenario en Asia: después del naufragio de Adams, llegarían más embarcaciones holandesas a comerciar (que tenían su base en Indonesia desde 1600); los portugueses continuaban trayendo mercancías desde Macao, y los españoles no paraban de enviar misioneros, en tanto que los jesuitas seguían avanzando en la élite feudal de Japón.

Tenemos, entonces, que los católicos españoles y portugueses no deseaban la presencia de los protestantes, representados por los holandeses y por el inglés Adams. Por su parte, los holandeses aborrecían a los españoles, de quienes recién se habían independizado y con los que aún se mantenían en guerra; portugueses y españoles tampoco se toleraban, los primeros políticamente sometidos por la Corona española pero sin demostrar obediencia real a ésta, y los segundos sintiendo su superioridad imperial sobre aquellos; para rematar, las órdenes religiosas acarreaban su propio pleito: los jesuitas cristianizaban en nombre de Dios y del Papa, mientras que los franciscanos y dominicos lo hacían en nombre de Dios y del rey de España.

No obstante las prioridades de los hispanos, Acuña accede finalmente a las peticiones de Ieyasu y envía en 1603 y 1604 galeones a Japón, aunque de manera un poco amañada, ya que estás llegaron a la isla de Kyushu, donde el cristianismo se había propagado de manera importante y donde incluso estaban varios *daimyó* conversos. Para Ieyasu lo ideal era que estas embarcaciones llegaran al puerto de Kanto, el cual era controlado directamente por él (Takahiro, 1990: 190). En uno de esos barcos arribó el franciscano Luis de Sotelo, en calidad de embajador y con más regalos para Tokugawa. Este fraile jugaría un papel importante en la cristianización del norte de la isla principal de Japón, y sería una pieza fundamental de la famosa misión Hasekura.

Durante los próximos tres o cuatro años, las relaciones comerciales y diplomáticas se enfriaron en cierta medida; a Acuña no le parecía el tener que compartir permisos de comercio con otros, y peor aún, que esos otros fueran portugueses y holandeses. El gobernador de Filipinas, hasta su muerte en 1607, insistiría a Ieyasu en que expulsara a los otros europeos y concediera el monopolio a los españoles. Tokugawa, de seguro, ni siquiera meditó al

respecto, ya que su política de comercio, por el contrario, buscaba la mayor diversificación posible.

A la muerte del gobernador Acuña, el rey de España ordenó a Luis de Velasco, virrey de la Nueva España, designar y enviar a un gobernador interino a Manila, para que ocupara el cargo en lo que llegaba el gobernador designado por Felipe III. Fue así que el virrey envió a su sobrino Rodrigo de Vivero y Velasco, quien arribó al puerto filipino a mediados de 1608, y que de inmediato recibió la visita de William Adams como embajador de Ieyasu, quien aparte de traerle regalos, volvía con la insistencia del tema del comercio.

El cristianismo en Japón: de 1598 a 1612

Probablemente los misioneros católicos, en su gran mayoría jesuitas, sintieron alivio a la muerte de Hideyoshi, autor político de la ley anticristiana. Más aún, creían que con Tokugawa Ieyasu en el poder vendrían tiempos de bonanza para la misión católica en aquellas islas. De cualquier forma, hasta antes de 1600, muchos jesuitas contaban con la protección directa de varios *daimyó*, algunos bautizados otros no, algunos con interés legítimo en esa religión, otros con el interés de atraer el intercambio comercial con los europeos en sus territorios. Por otra parte, el reacomodo político que estaba viviendo Japón y que atrapaba casi toda la atención de Ieyasu y de los *daimyó*, al parecer beneficiaba a los misioneros quienes aprovechaban tal situación para llevar a cabo sus tareas de evangelización, las cuales mostraban un avance significativo; al respecto Oliveira e Costa, afirma lo siguiente:

> En 1600, el cristianismo parecía tener las condiciones necesarias para llegar a ser una religión importante en Japón. Además de ser profesada por cerca de 300,000 individuos, entre los que se encontraban un considerable número de nobles, a la vez había al menos catorce *daimyó* que habían sido bautizados.[2]

No obstante los números anteriores, esos *daimyó* estaban lejos de formar un solo bloque político; por el contrario, había casos en que rivalizaban entre ellos. Es por eso que después de la batalla de Sekigahara, algunos *daimyó* católicos

2. "In 1600, Christianity seemed to have the necessary conditions to become a major religion in Japan. Apart from being professed by about 300,000 individuals, amongst whom were to be found a considerable number of nobles, at the time there were at least fourteen *daimyo* who had been baptized" (Oliveira e Costa, 2003: 56).

perdieron su territorio, mientras que otros lo conservaron. De igual forma y por tanto, muchos misioneros tuvieron que desplazarse, a la vez que otros vieron fortalecidas sus bases de operación.

En 1602 se sumarían a los jesuitas y a los franciscanos dos órdenes más en Japón: los dominicos y los agustinos, quienes llegaron desde Manila. Justo en este año empezaría una época de auge para el cristianismo en Japón que terminaría fatalmente para los católicos en 1612. Lucio Gutiérrez describe esos diez años de la siguiente manera: "La década de 1602 a 1612 resultó ser la más positiva y progresiva en la historia del cristianismo en Japón" (Gutiérrez, 1992: 227).

Aunque la descripción que hace Jurgis Elisonas de ese mismo periodo pudiera resultar mucho más precisa: "Bajo [...] Tokugawa Ieyasu, la misión cristiana disfrutó una década de clima tranquilo y claro navegar. Pero los misioneros estaban navegando en el ojo del huracán".[3]

Es en esta década cuando la presencia franciscana empieza a ser notable y distinguible de la de los jesuitas, quienes ya tenían más de cincuenta años en las islas niponas. Los franciscanos llegaron con la idea de evangelizar de acuerdo a su costumbre y a lo que les había dado resultado en otros lugares: usar el ejemplo. Se enfocaron en las clases bajas de la sociedad japonesa, buscaban estar en los hospitales y hospicios, o instalarlos donde no los hubiera (siempre y cuando se pudiera). Pregonaban el culto católico de manera pública y abierta, es decir, se manejaban con poca discreción.

Por su parte los jesuitas, como ya se dijo antes, se enfocaron más en las clases privilegiadas, buscaron evangelizar a través de la enseñanza, y eran mucho más discretos que los franciscanos. Incluso, los jesuitas trataron de adaptar su doctrina a la cultura japonesa (Barrón, 1990: 147-149), es decir, se flexibilizaron ante la falta de un respaldo militar, como sucedía en los lugares dominados por los europeos.

Cabe aclarar aquí que muchos de los logros cuantitativos de los misioneros estaban lejos de ser cualitativos. Por ejemplo, Oliveira e Costa hace una clara diferencia entre "conversos" y "bautizados": en su gran mayoría, los cientos de miles de japoneses que se contaban como cristianos eran sólo bautizados, en algunos casos por curiosidad, otros por seguir los pasos de su *daimyó*, otros

3. "Under [...] Tokugawa Ieyasu, the Christian mission was to enjoy a decade of calm weather and clear sailing. But the missionaries were sailing in the eye of a storm" (Elisonas, 1991: 365).

obligados por éste mismo, en fin, probablemente sólo se pudiera hablar de unos cuantos miles que en realidad se convirtieron al cristianismo con toda conciencia. También es importante decir que hubo destrucción de imágenes ajenas al cristianismo por parte de los misioneros, y de igual manera sucedió la destrucción de otros templos (principalmente budistas) (Kaibara, 2000: 169; Oliveira e Costa, 2003: 55). Quizá esto haya propiciado disputas de alto nivel entre el clero budista en contra de los extranjeros, y que al final pudieron haber influido en la decisión que tomó Ieyasu en 1612.

En abril de 1612, Tokugawa mando cerrar las iglesias cristianas y despojar a los misioneros extranjeros de sus residencias y propiedades. Los evangelizadores comenzaron a ser vistos como un peligro para el Estado japonés, se consideró que se estaban convirtiendo en posible factor desestabilizador. Este abrupto cambio de política respecto a la religión extranjera seguro tuvo varios motivos, dos de ellos mencionados en el párrafo anterior: la intolerancia misma de los católicos y las posibles intrigas del clero budista; a lo anterior se pueden sumar las intrigas propias entre las distintas órdenes religiosas, las conductas unilaterales que en ocasiones asumían españoles y portugueses, la cercanía con Ieyasu del protestante William Adams, quien representaba los intereses holandeses —a quienes no les importaba mucho el asunto de la religión y sí por completo el del comercio.

Dos años más tarde Ieyasu promulgó un edicto donde se determinaba la expulsión definitiva de los misioneros extranjeros, mientras que los cristianos locales se vieron obligados a renunciar a la fe cristiana, so pena de ser torturados y ejecutados. Podríamos delimitar lo anterior —bajo el mandato de Ieyasu— como una persecución religiosa, pero que en los siguientes años se convertirá en base de una inmediata persecución anti-extranjera que llevó al aislamiento definitivo de Japón durante doscientos años aproximadamente.

Embajada de Rodrigo de Vivero y Velasco

Como respuesta a la visita de los emisarios de Ieyasu (entre ellos William Adams), Vivero le envió una carta (Gil, citado en Arcos, 2002: 82-83) al soberano japonés, precisándole su deseo de mantener buenas relaciones con su gobierno. No obstante estos primeros acercamientos con el gobernador interino, el asunto de mayor preocupación para éste era la defensa y seguridad de las costas filipinas, presas de ataques de navíos holandeses. En ello concen-

tró su atención durante el año que estuvo a cargo del gobierno de Filipinas, aunque eso no significó dejar en el olvido las relaciones con Japón.

Al llegar Juan de Silva, el nuevo gobernador (mediados de 1609), Vivero ya tenía dispuesto su regreso. Salieron entonces de Manila tres galeones: el *Santa Ana*, el *Santiago* y el *San Francisco*, este último abordado por Rodrigo de Vivero. Es conocido que en este viaje los navíos enfrentaron mal tiempo cerca de las costas japonesas. El *Santiago* salió bien librado y pudo continuar su ruta hacia Acapulco, mientras que el *Santa Ana* con apuros llegó a salvo al puerto de Osaka. Por su parte, el *San Francisco* naufragó, cientos de vidas se perdieron, al igual que millones de pesos en mercancías. Los sobrevivientes, entre ellos Vivero y Velasco, y los despojos del barco fueron a dar a las costas de Satsuma.

Fernanda G. de los Arcos, basada en Juan Gil, plantea el hecho de que los navíos llevaban rumbo directo a Japón, porque de haber llevado la ruta ordinaria a la Nueva España, probablemente no hubieran sido envueltos por ese mal tiempo; sin embargo, la tormenta los tomó cerca de costas japonesas; ante lo cual, surgen algunas preguntas: ¿pensaban parar los galeones de Manila en puertos japoneses para vender y comprar mercancías? ¿Tenía previsto Vivero entrevistarse con Ieyasu, como finalmente lo hizo después de su naufragio? De ser afirmativa la respuesta a esta última pregunta, entonces no fue para nada fortuito que el español entablara negociaciones diplomáticas con Ieyasu (como se verá líneas abajo). Quizá lo único fortuito fue que haya sobrevivido al desastre del *San Francisco*.

Los náufragos fueron bien recibidos y atendidos por los japoneses. Vivero fue asistido directamente por el *daimyó* de Satsuma, lugar de donde partió rumbo a Edo (actual Tokio), ciudad donde en noviembre de ese mismo año (habían pasado aproximadamente tres meses de su salida de Manila) se entrevistó con Hidetada, hijo y sucesor de Ieyasu. Días después tuvo acceso a éste último en su residencia de Sumpu, teniendo como intérpretes a los franciscanos Alonso Muñoz y Juan Bautista Porro (Mathes, 1973: 91). Vivero se presentó como representante del rey de España y el *shogun* lo recibió como tal, ordenándole a su secretario atender al español para que manifestara sus demandas y/o peticiones.

Según escribe Michel Mathes, lo solicitado por Vivero se limitó básicamente a tres cosas: libertad para que los misioneros españoles predicaran y construyeran iglesias, que se mantuvieran las intenciones de comercio entre Japón y España, y que se expulsara a los holandeses de los puertos nipones.

A los pocos días, el español recibió respuesta positiva para las primeras dos peticiones, pero la última fue totalmente rechazada. Por su parte, Ieyasu solicitó a Vivero que consiguiera ciento cincuenta hispanos para que trabajasen en minas japonesas y enseñaran sus técnicas en minería. Con base en lo anterior, se estableció un preacuerdo entre el ibérico y el secretario del *shogun* para su posterior análisis, corrección y aprobación por parte de Tokugawa.[4]

Después Rodrigo de Vivero partió al puerto de Bungo, donde se encontraba el *Santa Ana*, que en cuanto estuviera reparado saldría rumbo a la Nueva España. Estando ahí, el embajador español se enteró del siguiente suceso: un par de centenares de japoneses habían sido ejecutados en Macao a raíz de un disturbio ocasionado en este puerto en 1608; llegado el galeón (el *Madre de Deus*) procedente de Macao a Nagasaki, Ieyasu exigió al capitán portugués una explicación de tales hechos; el capitán se rehusó a obedecer y el soberano japonés ordenó prender fuego a la embarcación portuguesa, hecho ocurrido en enero de 1610.

Ese mismo mes, Ieyasu asignó al franciscano Luis Sotelo la tarea de traducir al castellano unos documentos cuyo contenido eran propuestas concretas para el gobierno español, en las cuales, por ejemplo, autorizaba a los galeones de Manila a atracar en puertos japoneses y otorgar libertad de movimiento a los misioneros, a la vez que solicitaba autorización para enviar barcos japoneses a comerciar a la Nueva España, entre otras cosas (Mathes, 1973: 94)). El encargado de entregar esos documentos en nombre de Ieyasu sería el franciscano Alonso Muñoz (Ota, 1990: 197).

Vivero decidió prolongar la salida del *Santa Ana* con la intención de volverse a entrevistar con Ieyasu, pero a fin de cuentas el capitán del galeón no podía esperar más y solicitó permiso a Rodrigo de Vivero para salir rumbo a Acapulco, quien accedió, sabiendo de antemano del ofrecimiento de Ieyasu de utilizar una embarcación propiedad de su gobierno para regresar a la Nueva España. El español vio la necesidad de exhortar a la expulsión de los holandeses, insistencia que desde luego fue en vano.

Finalmente Vivero y Velasco, junto con fray Alonso Muñoz, salieron del puerto de Osaka rumbo a la Nueva España en agosto de 1610 a bordo del *San Buenaventura*, construido por el inglés Adams. Cabe mencionar que Michel Mathes, Ota Mishima y Josef Franz Schütte, concuerdan en afirmar

4. Para conocer más detalles sobre el contenido de este acuerdo preliminar, véase Mathes (1973: 92).

que también iban a bordo veintitrés japoneses, y que, según Nakamae, estos japoneses eran comerciantes. De acuerdo con las crónicas de Chimalpahin, escritas en náhuatl y traducidas por Miguel León-Portilla, esta comitiva fue recibida en la Ciudad de México por el virrey Luis de Velasco (León-Portilla, 1992: 140, 142-145).

El *San Buenaventura* llegó a las costas novohispanas a finales de octubre de ese mismo año (1610), deteniéndose en Matanchel (en el actual estado de Nayarit), lugar desde donde Vivero envió una carta dirigida al rey de España (ya antes había escrito otra desde Bungo y enviada a través del *Santa Ana*), donde exponía los resultados de su embajada en Japón, las ventajas de comerciar con ese país y la importancia del trabajo de los misioneros como avanzada de conquista.[5] Es así como llegó a su fin la embajada de Rodrigo de Vivero y Velasco en el Japón, preámbulo importante de las últimas embajadas españolas en Japón en la era de los Tokugawa.

Prácticamente se estaría ante el cierre de estas primeras relaciones hispano-japonesas, tan llenas hasta ese entonces de altibajos muy marcados, donde al parecer el mayor problema era no coincidir en las prioridades: para Japón el asunto de interés a tratar con los españoles era el del comercio, mientras que éstos se obstinaban en cumplir con su tarea evangelizadora. Parecía que con la embajada "involuntaria" de Rodrigo de Vivero y Velasco se lograría por fin un acuerdo que daría mayor regularidad a estas jóvenes relaciones, pero —adelantando el final de la película— esto tan sólo sería una efímera posibilidad.

Bibliografía

Álvarez Taladriz, José Luis, *¿Capitán de armas o pastor de almas?*, Osaka University, Osaka, 1970. Citado en: Barrón Soto, Ma. Cristina E. y Rafael Rodríguez-Ponga (coords.), *La presencia novohispana en el Pacífico insular. Actas de las Primeras Jornadas Internacionales celebradas en la Ciudad de*

5. Sobre la llegada a Matanchel: era común que los galeones hicieran esta parada, por lo regular se efectuaba en el puerto de Navidad o en Manzanillo; de cualquier forma, pudiéramos generalizar un rango geográfico entre las costas del actual Nayarit y Colima. El motivo de esta escala rumbo a Acapulco era despachar a un oficial de abordo con noticias y correspondencia para el virrey, y en algunos casos para el rey. Véase: Calderón (1995: 574). Sobre el contenido de las cartas escritas por Vivero y Velasco al rey de España, véase: Mathes (1973: 91-97); también: Arcos (2002: 84-88).

México, del 19 al 21 de septiembre de 1989, Universidad Iberoamericana, Embajada de España en México, Comisión Puebla V Centenario, Pinacoteca Virreinal, México, DF, 1990, p. 142.

ARCOS, María Fernanda G. de los, "The Philippine Colonial Elite and the Evangelization of Japan", *Bulletin of Portuguese/Japanese Studies*, año/vol. 4, Universidade Nova de Lisboa, Lisboa, Portugal, junio, 2002, pp. 63-89.

BARRÓN SOTO, Ma. Cristina E., "Aceptación y resistencia a los valores hispánicos en la Nueva España, Filipinas y Japón", en Ma. Cristina Barrón y Rafael Rodríguez-Ponga (coords.), *La presencia novohispana en el Pacífico insular. Actas de las Primeras Jornadas Internacionales celebradas en la Ciudad de México, del 19 al 21 de septiembre de 1989*, Universidad Iberoamericana, Embajada de España en México, Comisión Puebla V Centenario, Pinacoteca Virreinal, México, DF, 1990, pp. 139-156.

BARRÓN SOTO, Ma. Cristina E. y Rafael Rodríguez-Ponga (coords.), *La presencia novohispana en el Pacífico insular. Actas de las Primeras Jornadas Internacionales celebradas en la Ciudad de México, del 19 al 21 de septiembre de 1989*, Universidad Iberoamericana, Embajada de España en México, Comisión Puebla V Centenario, Pinacoteca Virreinal, México, DF, 1990.

BOSCARO, Adriana, *Sixteenth Century European Printed Works on the First Japanese Mission to Europe: a descriptive bibliography*, E. J. Brill, Leiden, Países Bajos: 1973, pp. VII-XIX, 102-105, 110-111, 148-149, 172-196.

BROWN, Judith C., "Courtiers and Christians: The First Japanese Emissaries to Europe", *Renaissance Quarterly*, vol. 47, núm. 4 (invierno), Renaissance Society of America, Nueva York, 1994, pp. 872-906.

CALDERÓN, Francisco R., *Historia económica de la Nueva España en tiempos de los Austrias*, Fondo de Cultura Económica, México, DF, 1995 (1ª reimp. de la 1ª ed. [1988]), pp. 95-140, 183-190, 563-579.

CUEVAS, Mariano, *Historia de la Iglesia en México*, Imprenta del Asilo "Patricio Sanz", México, 1922, p. 469. Citado en: Reiko, Kawata, "La carrera política del santo mexicano: la cambiante imagen del promártir mexicano, Felipe de Jesús", en Ma. Cristina Barrón y Rafael Rodríguez-Ponga (coords.), *La presencia novohispana en el Pacífico insular. Actas de las Primeras Jornadas Internacionales celebradas en la Ciudad de México, del 19 al 21 de septiembre de 1989*, Universidad Iberoamericana, Embajada de España en México, Comisión Puebla V Centenario, Pinacoteca Virreinal, México, DF, 1990, p. 164.

Elisonas, Jurgis, "Christianity and the daimyo", en Whitney Hall, John (ed.), *The Cambridge History of Japan, Volume 4: Early Modern Japan*, Cambridge University Press, Nueva York, 1991, pp. 365-372.

Foronda, Marcelino A. Jr. y Cornelio R. Bascara, *Manila*, Mapfre, Madrid, 1992, pp. 57-93.

Gil, Juan, *Hidalgos y samuráis: España y el Japón en los siglos XVI y XVII*, Alianza Universidad, Madrid, 1991, p. 146. Citado en: Arcos, María Fernanda G. de los, "The Philippine Colonial Elite and the Evangelization of Japan", *Bulletin of Portuguese/Japanese Studies*, año/vol. 4, Universidade Nova de Lisboa, Lisboa, Portugal, junio, 2002, pp. 82-83.

Gutiérrez, Lucio, *Historia de la Iglesia en Filipinas (1565-1900)*, Mapfre, Madrid, 1992, pp. 221-235.

Kaibara, Yukio, *Historia del Japón*, Fondo de Cultura de Económica, México, DF, 2000, pp. 139-191.

Kiichi, Matsuda, "Armaduras japonesas en la Real Armería de Madrid", *Monumenta Nipponica*, vol. 16, núm. 3/4, Sophia University, Tokio, octubre de 1960- enero de 1961, pp. 395-401 (175-181).

Knauth, Lothar, *Confrontación transpacífica: el Japón y el nuevo mundo hispánico: 1542-1639*, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, México, DF, 1972.

León-Portilla, Miguel, "La embajada de los japoneses en México: el testimonio en náhuatl del cronista Chimalpahin", en Wimer, Javier (coord.), *El Galeón del Pacífico, Acapulco-Manila 1565-1815*, Instituto Guerrerense de Cultura, Gobierno del Estado de Guerrero, México, DF, 1992, pp. 137-151.

Lorente Rodríguez, Luis María, "El galeón de Manila", *Revista de Indias*, núm. 15, p. 105. Citado en: Mathes, W. Michel, *Sebastián Vizcaíno y la expansión española en el Océano Pacífico: 1580-1630*, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, México, DF, 1973, p. 18.

Mathes, W. Michel, "A Quarter Century of Trans-Pacific Diplomacy: New Spain and Japan, 1592-1617", en Caprio, Mark y Matsuda Koichiro (eds.), *Japan and the Pacific, 1540-1920*, Ashgate, Variorum, Aldershot, Gran Bretaña, 2006, pp. 57-86 [1-29].

——, *Sebastián Vizcaíno y la expansión española en el Océano Pacífico: 1580-1630*, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, México, DF, 1973.

Michiko, Tanaka, "De los orígenes a la caída del Shogunato Tokugawa", en Toledo B., J. Daniel et al., *Japón: su tierra e historia*, El Colegio de México, Centro de Estudios de Asia y África, México, DF, 1991, pp. 63-172.

Molina, Antonio M., *América en Filipinas*, Mapfre, Madrid, 1992, pp. 21-41, 94-108, 278-287.

Oliveira e Costa, João Paulo, "Tokugawa Ieyasu and the Christian daimyó during the crisis of 1600", *Bulletin of Portuguese/Japanese Studies*, año/vol. 7, Universidade Nova de Lisboa, Lisboa, Portugal, diciembre, 2003, pp. 45-71.

Olveda, Jaime, "El Puerto de la Navidad: Perlas, comercio y filipinos", en Jaime Olveda (coord.), *III Coloquio: La Cuenca Hispana del Pacífico: Pasado y Futuro*, Sociedad de Geografía y Estadística del Estado de Jalisco, Guadalajara, México, 1995, pp. 61-80.

Ota Mishima, María Elena, "La misión Hasekura, un intento de firma de un convenio de comercio con México, en la época colonial, 1610-1620", en Barrón, Ma. Cristina y Rafael Rodríguez-Ponga (coords.), *La presencia novohispana en el Pacífico insular. Actas de las Primeras Jornadas Internacionales celebradas en la Ciudad de México, del 19 al 21 de septiembre de 1989*, Universidad Iberoamericana, Embajada de España en México, Comisión Puebla v Centenario, Pinacoteca Virreinal, México, DF, 1990, pp. 195-205.

Pizano y Saucedo, Carlos, *Jalisco en la conquista de las Filipinas; Barra de Navidad y la expedición de López de Legazpi*, Gobierno del Estado de Jalisco, Unidad Editorial, Guadalajara, México, 1985 (2ª ed. [1ª ed. 1964]), pp. 16-51. Colección: Historia, Serie: Documentos e Investigación, núm. 14.

——, "El Puerto de la Navidad y la expedición de López de Legazpi y Urdaneta a las Islas Filipinas", en Olveda, Jaime (coord.) *III Coloquio: La Cuenca Hispana del Pacífico: Pasado y Futuro*, Sociedad de Geografía y Estadística del Estado de Jalisco, Guadalajara, México, 1995, pp. 40-60.

Reiko, Kawata, "La carrera política del santo mexicano: La cambiante imagen del promártir mexicano, Felipe de Jesús", en Barrón, Ma. Cristina y Rafael Rodríguez-Ponga (coords.), *La presencia novohispana en el Pacífico insular. Actas de las Primeras Jornadas Internacionales celebradas en la Ciudad de México, del 19 al 21 de septiembre de 1989*, Universidad Iberoamericana, Embajada de España en México, Comisión Puebla v Centenario, Pinacoteca Virreinal, México, DF, 1990, pp. 157-185.

Ribeiro, Madalena, "The Japanese Diaspora in the Seventeenth Century. According to Jesuit Sources", *Bulletin of Portuguese/Japanese Studies*, año/vol. 3, Universidade Nova de Lisboa, Lisboa, Portugal, diciembre, 2001, pp. 53-83.

Schütte, Josef Franz, "Don Rodrigo de Vivero de Velazco y Sebastián Vizcaíno en Japón (1609-1610, 1611-1613)", en Torre Villar, Ernesto de la (compilador), *La expansión hispanoamericana en Asia, siglos XVI y XVII*, Fondo de Cultura Económica, México, DF, 1980, pp. 96-122.

Schwade, Arcadio, "Las primeras relaciones entre Japón y México (1609-1616)", en Torre Villar, Ernesto de la (compilador), *La expansión hispanoamericana en Asia, siglos XVI y XVII*, Fondo de Cultura Económica, México, DF, 1980, pp. 123-133.

Takahiro, Nakamae, "Los primeros contactos del Japón con Nueva España", en Barrón, Ma. Cristina y Rafael Rodríguez-Ponga (coords.), *La presencia novohispana en el Pacífico insular. Actas de las Primeras Jornadas Internacionales celebradas en la Ciudad de México, del 19 al 21 de septiembre de 1989*, Universidad Iberoamericana, Embajada de España en México, Comisión Puebla V Centenario, Pinacoteca Virreinal, México, DF, 1990, pp. 187-193.

Torre Villar, Ernesto de la (comp.), *La expansión hispanoamericana en Asia, siglos XVI y XVII*, Fondo de Cultura Económica, México, DF, 1980.

Valdés Lakowsky, Vera, "Problemas Económicos en el Pacífico", en Barrón, Ma. Cristina y Rafael Rodríguez-Ponga (coords.), *La presencia novohispana en el Pacífico insular. Actas de las Primeras Jornadas Internacionales celebradas en la Ciudad de México, del 19 al 21 de septiembre de 1989*, Universidad Iberoamericana, Embajada de España en México, Comisión Puebla V Centenario, Pinacoteca Virreinal, México, DF, 1990, pp. 83-105.

Cuenca del **P**acífico
Retos y oportunidades para **M**éxico

Es una colección integrada por cinco volúmenes,
bajo la coordinación general de Melba E. Falck Reyes y editada por la Universidad de Guadalajara.

Cuenca del Pacífico:
Retos y oportunidades para México
Vol. 1
Economía y cultura en la Cuenca del Pacífico
Vol. 2
El modelo de desarrollo asiático. Relevancia para México
Melba E. Falck Reyes
Roberto Hernández Hernández
editores
Vol. 3
Jalisco y su inserción en la Cuenca del Pacífico
Vol. 4
What's in a Name? Globalization, Regionalization, and APEC
Vol. 5
Agricultura en la Cuenca del Pacífico

Volumen 1. Economía y cultura en la Cuenca del Pacífico.
editado por Geneviève Marchini

Volumen 2. El modelo de desarrollo asiático. Relevancia para México,
editado por Melba E. Falck Reyes y Roberto Hernández Hernández

Volumen 3. Jalisco y su inserción en la Cuenca del Pacífico,
editado por Dagoberto Amparo y Melba E. Falck Reyes

Volumen 4. What's in a name? Globalization Regionalization and APEC
editado por Arturo Santa Cruz

Volumen 5. Agricultura en la Cuenca del Pacífico,
editado por Roberto Hernández Hernández